

Mark Twain

# Las aventuras de Tom Sawyer

Introducción y traducción de  
Fernando Santos Fontenla



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *The Adventures of Tom Sawyer*

Primera edición: 1998  
Segunda edición: 2016  
Segunda reimpresión: 2024

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción e introducción: Fernando Santos Fontenla  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1998, 2024  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-9104-268-6  
Depósito legal: M. 36.498-2015  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

9	Introducción, por Fernando Santos Fontenla
	Las aventuras de Tom Sawyer
21	Prefacio
23	Capítulo 1
33	Capítulo 2
41	Capítulo 3
50	Capítulo 4
63	Capítulo 5
71	Capítulo 6
86	Capítulo 7
94	Capítulo 8
102	Capítulo 9
111	Capítulo 10
120	Capítulo 11
126	Capítulo 12
133	Capítulo 13
143	Capítulo 14
151	Capítulo 15
158	Capítulo 16
171	Capítulo 17
176	Capítulo 18
187	Capítulo 19
191	Capítulo 20

198	Capítulo 21
207	Capítulo 22
212	Capítulo 23
221	Capítulo 24
223	Capítulo 25
232	Capítulo 26
243	Capítulo 27
247	Capítulo 28
252	Capítulo 29
262	Capítulo 30
274	Capítulo 31
286	Capítulo 32
291	Capítulo 33
304	Capítulo 34
308	Capítulo 35
315	Conclusión

# Introducción

En la ingente obra literaria de Mark Twain existe un hilo conductor que raras veces desaparece, y es la vida en y del Gran Río de su infancia y adolescencia: el Mississippi. En sus libros de cuentos, de ensayos, en sus novelas, el Río (sin más), con sus habitantes, sus costumbres, sus desastres y su forma de regular vidas y haciendas, es uno de los protagonistas imperturbables y omnipresentes. Unas veces sirve de enlace y otras de barrera, unas veces trae la aventura y el placer y otras la desolación y la muerte (como ocurre en *The Gilded Age* y en la vida real a Henry, el hermano de Twain)<sup>1</sup>, pero el Río está ahí, contemplando y rigiendo impasible todas esas vidas. Incluso la del propio Mark Twain, seudónimo tomado del grito «¡dos brazas!» que indica la seguridad de que los barcos fluviales pueden seguir navegando, que la profundidad del Río lo permite.

Y al ciclo literario del Río pertenecen dos de las obras más imperecederas, quizá las más emblemáticas, de la

obra de Twain: *Tom Sawyer* y *Huckleberry Finn*, las dos novelas que inevitablemente sugieren el nombre de Mark Twain y que además guardan una relación tan estrecha entre sí que la primera queda incompleta sin la segunda, y la segunda es incomprensible sin la primera. Tan fascinado quedó el propio autor con ellas que primero renunció a su plan inicial de llevar a sus héroes hasta la madurez y la vejez<sup>2</sup> y después les hizo continuar sus aventuras en *Tom Sawyer detective*, *Tom Sawyer en el extranjero* (o *en globo*, que también se ha traducido así) y *Tom Sawyer entre los indios*, si bien es de reconocer que esas aventuras más tardías no alcanzan la fama ni el éxito de las dos novelas iniciales.

¿A qué se debe la supervivencia literaria del personaje de Tom Sawyer? En la literatura de, para y con niños ha habido centenares de protagonistas de todos los tipos que tuvieron gran éxito en su momento y que han desaparecido al cabo de una o dos generaciones. No deja de resultar curioso que la mayor parte de éstos hayan sido los arquetípicos «niños buenos» o «niños modelo», desde el *Buen Juanito* o los niñatos del *Corazón* de Amicis hasta los de Horatio Alger, el contemporáneo estadounidense de Mark Twain<sup>3</sup>. Sobreviven, sin embargo, los «niños malos» (un caso parecido al de Tom Sawyer sería el de Guillermo Brown de R. Crompton, también siempre en busca de aventuras, también con su banda de «proscritos», también líder siempre de un grupo, mal alumno pero ávido lector de las cosas que *a él* le gustan, sin que nadie se las imponga; pero esto sería objeto de otro estudio). Son niños decididos a ser niños, no caricaturas miméticas y a pequeña escala de los adultos. Quizá no lle-

guen a realizar el sueño de Peter Pan, pero mientras sean niños lo serán de verdad, como si tuvieran conciencia de que inevitablemente les llegará la madurez, con sus rutinas, sus mezquindades y ese desencanto sistemático que es en realidad el cinismo.

Tom Sawyer y su grupo no hacen lo que los adultos creen que *deben hacer* y tratan de imponerles. En toda la medida de lo posible van a su aire, contra viento y marea. Y esto, que les cuesta muchos disgustos y reprimendas, también les trae enormes recompensas. Tom desprecia a los «niños modelo», y en la novela éstos quedan siempre aislados, sin amigos ni aventuras. Su único modelo es el que se puede crear a partir de su propia visión del mundo, que es móvil, por lo tanto mutable. Es lo que J. Seelye ha calificado de «energía creadora destructiva»<sup>4</sup>, que va desde convencer a sus amigos para que le paguen *a él* por el privilegio de pintar las vallas, tarea que la tía Polly le ha impuesto como castigo, hasta convertir la pesadilla del episodio en la cueva en la maravilla del hallazgo del tesoro. La busca del tesoro es algo muy frecuente en la literatura infantil, al menos desde *Las Mil y Una Noches*, pero además fue una constante de una forma u otra en la vida del propio Twain, que había sido buscador de oro antes que escritor, y que se arruinó varias veces con inversiones ingentes en nuevas máquinas de escribir y de imprenta que siempre le iban a hacer millonario en muy poco tiempo. O el tesoro puede ser en su obra la historia del billete de un millón de libras que nunca se puede cambiar y que por lo tanto dura indefinidamente y siempre rinde beneficios.

Y, claro, a lo largo de toda la novela existe la burla de lo convencional, de lo «establecido», de lo «aceptado», que

va desde las observaciones del propio Tom hasta los hilarantes comentarios del autor en las escenas de las ceremonias, recitales y ritos de los actos de fin de curso en la escuela. Por no mencionar la burla sorda que se hace de una institución tan «sacrosanta» para los bien pensantes como la escuela dominical, o la hipocresía con que se van recibiendo las desventuras del pobre Muff Potter. Twain siempre fue un escritor satírico y un observador mordaz de sus propios contemporáneos, más que un humorista en el sentido habitual del término. En *Tom Sawyer* la sátira está atemperada por la condición de libro para niños (aunque el propio autor no estuvo muy seguro de que fuera eso o un libro sobre niños para adultos hasta después de haberlo terminado)<sup>5</sup>, pero no por ello es menos cáustica.

Esa causticidad fue aumentando con los años, hasta el punto de que la mayor parte de los críticos académicos bien pensantes han llegado a atribuirle a una especie de paranoia paralela a la edad del autor, que culmina en la tentativa de Kaplan de hacer una biografía psicoanalítica de Twain<sup>6</sup> o en la de Neider de convertir a Twain en un divertido y malhumorado narrador de anécdotas<sup>7</sup>. Una obra como la de Twain es imposible de negar o incluso de censurar totalmente, pero se puede desvirtuar en las partes que menos se atengan al canon de las ideas consagradas o están condenadas precisamente por los custodios del canon, sobre todo en lo que respecta a la condición de los Estados Unidos como país tan absolutamente perfecto que es el único que no merece crítica de fondo alguna ni es susceptible de mejora sustancial.

Mark Twain nació y creció en un país que todavía no se creía perfecto (aunque la tendencia ya se iniciaba), en



el que no abundaban las grandes ciudades y persistía la tradición asamblearia de las *town meetings*, heredada de la Nueva Inglaterra colonial y postcolonial. Los inmensos territorios del oeste de los Alleghenier estaban prácticamente vacíos. Había extensas zonas reservadas a los amerindios, y el único problema angustioso relacionado con la ubicación geográfica era el de la esclavitud en los estados del Sur, con respecto al cual Twain fue primero un tibio defensor de la esclavitud que llegó a alistarse con los Confederados y después enemigo tan declarado de ella como para pagar los estudios a un estudiante negro como su «parte de la compensación debida por todos los blancos a todos los negros»<sup>8</sup> o para escribir un feroz ataque a Leopoldo de Bélgica por las atrocidades de sus agentes en el Congo<sup>9</sup> o publicar un ensayo como *Los Estados Unidos del linchamiento*<sup>10</sup>.

Pero a lo largo de la vida de Twain los Estados Unidos continuaron su expansión sobre todo hacia el Oeste. Se produjo el desmembramiento de México (más de 2.500.000 de km<sup>2</sup> pasaron a ser posesión de los Estados Unidos: Texas, California, Nevada, Arizona, Nuevo México), la anexión de Hawai, la compra de Alaska, la invasión de Filipinas, la adquisición de Puerto Rico... El país de la libertad y del individualismo en el que había creído Twain se había convertido en un imperio expansionista e intervencionista. Ya no eran posibles las ilusiones idílicas. Y la sátira se fue convirtiendo en una crítica cada vez más feroz contra esas políticas, en una crítica que abarcaba desde China hasta Sudáfrica, pasando por Filipinas, el Congo, Australia, Rusia... sin olvidar los frentes internos de los amerindios, los negros, la condición de la

mujer, los aspectos hipócritas de la religión o el patriotismo<sup>11</sup>.

Pero gran parte de esto está sólo en agraz en *Tom Sawyer*, que en apariencia se limita a ser una narración de infancia maravillosa, casi de ensueño. Aunque sólo en apariencia, pues las vidas de los protagonistas están plagadas de las supersticiones y los terrores del tiempo objetivo (la época) y el subjetivo (la mentalidad infantil): gatos muertos, lunas oscurecidas, casas encantadas, espíritus de los cadáveres, etc. Y encima están los sufrimientos típicos de los niños: injusticias de las que se sienten víctimas, impotencia ante los dictados de los adultos, deseos de desaparecer «pa que se enteren» (los «mayores», se entiende), esa sensación de que en determinados momentos no se puede hacer nada; de que todo es inútil y la inexorable mano del Poder siempre se cierne sobre uno. Y encima el amor preadolescente anhelante e inseguro, no correspondido, traicionado incluso. Cabe decir que el carácter subversivo de la obra está subsumido en el canto a la aventura preadolescente.

Ahí está la genialidad de Mark Twain: en la recuperación de ese mundo infantil en el que tras la apariencia idílica se ocultan muchas veces ansias y temores tanto más obsesivos cuanto más inasibles. Mas, como Twain no es un autor trágico, sino crítico, nuestros héroes siempre vuelven a levantarse, un poco más experimentados después de cada tropezón, y cada experiencia les sirve para ir un poco más allá en la etapa siguiente. Así es como *Las aventuras de Tom Sawyer* llega a convertirse en lo que quería el autor: «la historia de un muchacho irremediablemente imaginativo que podía hacer que otros

muchachos aceptaran sus fantasías más descabelladas»<sup>12</sup>, porque Tom es el líder, el chico que hace que pasen cosas, aunque «él mismo esté dominado por su imaginación»<sup>13</sup>.

Y este canto a la libertad, a la rebeldía, al no conformismo de una infancia en gran parte recordada como parte de la biografía del propio autor, está maravillosamente escrito, con una atención total al detalle, sobre todo al diálogo, que como siempre en Mark Twain es fidelísimo hasta la última tonalidad, hasta el último matiz. Todo ello contribuye a la vitalidad de los personajes, expresada en sus diferentes modos de manifestarse.

(Es lástima que los convencionalismos de la edición en castellano no permitan traducciones que reflejen fielmente esas diferencias dialectales. A lo más que puede aspirar un traductor es a que se le permita transmitir diferencias culturales –y no muchas–, pero nunca diferencias regionales o étnicas. Al final todo el mundo ha de acabar hablando igual, o casi, lo mismo que ocurre en los execrables doblajes cinematográficos al «madrileño» en España o al «castellano neutro» fuera de ella.)

En todo caso, y al cabo de ciento veinte años, Tom Sawyer y sus aventuras sobreviven contra el viento y la marea de las modas pasajeras. Los niños pueden ver en la novela un microcosmos de una forma de vivir ya pasada, pero al mismo tiempo una fiel imagen de su propio mundo de sueños, injusticias, rebeldía e ilusiones. Y los adultos recuerdan al leer la novela esos mismos aspectos de un período preadolescente, prerresponsable, precínico. Y todos «nos sumamos a la cola de los niños que esperan la oportunidad, y se alegran de pagar por el dere-

cho de ayudar a Tom Sawyer a encalar la valla de la tía Polly»<sup>14</sup>.

Fernando Santos Fontenla

## Notas

1. B. Poli, en M. Cunliffe (comp.), *American Literature to 1990*, Nueva York, 1993, pág. 303.
2. J. Kaplan, *Mr. Clemens and Mark Twain*, Nueva York, 1983, pág. 179.
3. Una posible excepción es el (a mi juicio estomagante) Tintín de Hergé, aunque éste ya está más entrado en la adolescencia.
4. J. Seelye, introducción a *The Adventures of Tom Sawyer*, Penguin, 1986, pág. vi.
5. Cf. Kaplan, *op. cit.*, pág. 180; D. Wecter en R. E. Spiller, W. Thorp, T. H. Johnson, H. S. Canby y R. M. Ludwig (comps.), *Literary History of the United States*, págs. 929 y 930.
6. *Op. cit.*
7. *The Autobiography of Mark Twain... arranged and edited, with Introduction and notes by Charles Neider*, Nueva York, Harper, 1990.
8. Wecter, *op. cit.*, pág. 932.
9. «King Leopold's Soliloquy».
10. Reproducido en M. Geismar, «Mark Twain and the Three R'S...», Nueva York, Bobbs-Merrill, 1973, págs. 33 a 40.
11. «La oración por la guerra», citado en Geismar, *op. cit.*, págs. 103 a 106.
12. A. Kazin, epílogo a la edición de Bantam, Nueva York, 1981, pág. 224.
13. *Ibid.*, pág. 227.
14. J. Seelye, *op. cit.*, pág. xxiv.

# Las aventuras de Tom Sawyer



*A mi mujer  
dedico afectuosamente  
este libro*





# Prefacio

La mayor parte de las aventuras que se cuentan en este libro ocurrieron de verdad; una o dos me pasaron a mí, y el resto a chicos que iban a la escuela conmigo. Huck Finn fue un personaje real; Tom Sawyer, también, pero no fue un solo chico: es una mezcla de las características de tres muchachos amigos míos, y por consiguiente equivale a lo que se llama orden compuesto en arquitectura.

Las extrañas supersticiones que se mencionan eran las imperantes entre los niños y los esclavos del Oeste en la época de esta historia, es decir, hace treinta o cuarenta años.

Aunque mi libro va destinado sobre todo a entretener a chicos y chicas, espero que no por eso lo desprecien hombres y mujeres adultos, pues parte de mi plan ha sido tratar de recordar agradablemente a éstos lo que fueron ellos mismos en tiempos, y lo que sentían y pensaban y decían, y en qué extrañas empresas se metían a veces.

El Autor  
*Hartford, 1876*



# Capítulo 1

–¡Tom!

Silencio.

–¡Tom!

Silencio.

–¿Qué le pasará a este chico? ¡Eh, Tom!

Silencio.

La anciana se bajó las gafas y contempló la habitación por encima de ellas; después se las volvió a subir y miró por debajo. Raras veces o nunca miraba a través de ellas en busca de algo tan pequeño como un muchacho; eran sus gafas de gala, su mayor orgullo, y se las habían hecho para «lucirlas», no para utilizarlas; lo mismo le daría mirar por un par de tapaderas de fogón. Pareció quedarse perpleja un momento y después dijo, no muy alto, pero sí lo suficiente para que la oyeran los muebles:

–Bueno, si te agarro voy a...

No terminó, porque se agachó y empezó a golpear bajo la cama con la escoba, de forma que necesitaba conservar el aliento para ir marcando el ritmo de los golpes. No hizo salir más que al gato.

—¡No he visto en mi vida un chico igual!

Fue a la puerta abierta y se quedó en ella contemplando las tomateras y los arbustos que constituían todo su jardín. Nada de Tom. Entonces levantó la voz, con un gesto calculado para proyectarla a distancia, y gritó:

—¡E-e-e-e-eh, Tom!

Oyó un leve ruido tras ella y se dio la vuelta justo a tiempo de agarrar a un chico por el borde de la cazadora y frenarlo en su huida.

—¡Vaya! Tendría que haberme acordado de ese armario. ¿Qué hacías ahí dentro?

—Nada.

—¡Nada! Mírate las manos. Mírate la boca. ¿Qué son esos churretes?

—No lo sé, tía.

—Pues yo sí lo sé. Es confitura: eso es. Te he dicho cuarenta veces que si me metes la mano en la confitura te arranco la piel a tiras. Pásame esa vara.

La vara vibró en el aire... El peligro era inminente...

—¡Ay! ¡Mira lo que hay ahí, tía!

La anciana se dio la vuelta y se levantó las faldas para conjurar el peligro. Inmediatamente, el chico se escapó, escaló la cerca de madera y desapareció del otro lado.

Su tía Polly se quedó sorprendida un momento y después se echó a reír bajito.

—Condenado muchacho; ¿es que no voy a aprender nunca? ¿No lleva haciéndome faenas de éstas tanto tiem-

po que ya tendría que sabérmelas? Pero los peores tontos somos los viejos. «Perro viejo no aprende», como dice el dicho. Pero, Dios mío, si es que siempre se inventa algo nuevo, y, ¿cómo va una a saber lo que se le ocurre? Es como si supiera hasta dónde puede llegar haciéndome sufrir sin que me enfade, y sabe que si logra distraerme un minuto o hacer que me ría, se pasa todo y no puedo darle ni un coscorrón. No estoy criando bien a este chico, Dios lo sabe, y tanto. «La letra con sangre entra», como dicen las Escrituras. Y yo peco y sufro por los dos, ya lo sé. Tiene el diablo en el cuerpo, pero ¡qué voy a hacerle! Es el huérfano de mi hermanita, pobrecilla, y no tengo coraje para pegarle, no sé por qué. Cada vez que le perdono algo me remuerde la conciencia, y cada vez que le pego se me rompe el corazón. Bueno, bueno, «el hombre nacido de mujer es corto de días y está hastiado de sinsabores», que dicen las Escrituras, y supongo que es verdad. Esta tarde va a hacer novillos, y entonces voy a tener que obligarle a trabajar mañana, en castigo. No me gusta nada hacer que trabaje los sábados, cuando todos los chicos están de fiesta, pero el trabajo es lo que más le fastidia, y en algo tengo que cumplir con mi deber con él o acabará hecho un perdido.

Efectivamente, Tom hizo novillos y se lo pasó muy bien. Volvió a casa justo a tiempo para ayudar a Jim, el chico negro, a serrar la leña para el día siguiente y a partir las astillas antes de la cena, o por lo menos llegó a tiempo para contarle a Jim sus aventuras mientras éste hacía las tres cuartas partes del trabajo. Sid, el hermano (o, mejor dicho, el hermanastro) menor de Tom, ya había terminado su parte del trabajo (recoger astillas), pues era